

Giovanni Verga

LA VIDA EN EL CAMPO

PERIFÉRICA



LA VIDA EN EL CAMPO

SERIE MENOR, 23

Giovanni Verga
LA VIDA EN EL CAMPO

TRADUCCIÓN DE HUGO BACHELLI

EDITORIAL PERIFÉRICA

FANTASÍA

Una vez, cuando viajábamos en tren cerca de Aci Trezza, exclamaste, asomándote por la ventanilla del vagón: «¡Me gustaría pasar un mes aquí!».

Volvimos y no pasamos un mes, sino cuarenta y ocho horas. Los lugareños abrieron los ojos como platos al ver tus enormes baúles y creyeron que ibas a quedarte allí un par de años. La mañana del tercer día, cansada de contemplar a todas horas tanto verde y tanto azul, y de contar los carros que pasaban por el camino, ya estabas en la estación y, mientras jugabas impaciente con la cadena de tu frasco de perfume, estirabas el cuello para divisar un tren que no llegaba nunca.

En aquellas cuarenta y ocho horas hicimos todo lo que se puede hacer en Aci Trezza: paseamos por el camino polvoriento y trepamos a las rocas; pretendías aprender a remar y te brotaron bajo los guantes ampollas que necesitaban ser besadas. Pasamos en el mar una noche muy romántica, echando las redes para hacer creer a los barqueros que merecía la pena pescar un reuma.

El alba nos sorprendió en lo alto del acantilado, un alba modesta y pálida que todavía puedo ver, vetada de amplios reflejos violetas sobre un mar verde oscuro; semejaba una caricia para aquel grupito de casuchas que dormían casi acurrucadas en la orilla, mientras en la cima, bajo el cielo transparente y profundo, destacaba tu figura, dibujada con el sabio patrón que había trazado tu modista y el perfil, fino y elegante, que habías creado tú misma. Llevabas un vestido gris que parecía haber sido diseñado para combinarse con los colores del alba. Una bonita estampa, no cabe duda. Y cualquiera se hubiera dado cuenta de que eras consciente de ello por el modo

de ajustarte el chal y de sonreír, con tus grandes ojos abiertos y cansados ante aquel extraño espectáculo, al que se añadía otra extrañeza, la que provocaba tu propia presencia. ¿Qué pasaba por tu cabeza mientras contemplabas el sol naciente? ¿Le preguntaste quizá al sol en qué hemisferio te encontraría al cabo de un mes? Ingenuamente te limitaste a decir: «No comprendo cómo alguien puede vivir aquí toda la vida».

Sin embargo, la cosa resulta más fácil de lo que parece. En primer lugar, basta con no poseer cien mil liras de renta y, por el contrario, realizar todo tipo de trabajos entre aquellos grandes escollos, engarzados en el azul, que te hacían batir palmas de admiración. Basta con eso, tan poco, para que los pobres diablos que nos esperaban dormitando en la barca encuentren entre aquellas destartadas y pintorescas casuchas, que vistas de lejos parecían también estar mareadas, todo lo que tú te empeñas en buscar en París, Niza o Nápoles.

Es algo sin duda muy particular, y quizá sea mejor así para ti y para los que son como tú.

Aquel montón de casuchas está habitado por pescadores: «gente de mar», dicen ellos, como otros dirían «gente de toga». Tienen la piel más dura que el pan que comen, cuando lo comen, pues el mar no es siempre tan amable como cuando besaba tus guantes... En los días negros, cuando gruñe y bufa, hay que contentarse con mirarlo desde la orilla, mano sobre mano o tumbado boca abajo, que es la mejor postura para quien no ha desayunado. En esos días hay una multitud a la puerta de la taberna, pero suenan pocas monedas sobre la hojalata del mostrador, y los chiquillos que pululan por el pueblo, que parecen alimentados por la miseria, chillan y se arañan como si tuvieran el diablo en el cuerpo.

De cuando en cuando, el tifus, el cólera, el mal año o la borrasca dan un buen escobazo en aquel hormiguero, del que en realidad se diría que no debiera desear otra cosa que lo barrieran y desaparecer; con todo, revive en el mismo sitio, no sé decirte cómo ni por qué. ¿No te has entretenido nunca, después de un aguacero de otoño, en dispersar un ejército

de hormigas escribiendo distraídamente en la arena del paseo el nombre de tu última pareja de baile? Algunos de esos pobres insectos se habrán quedado pegados a la contera de tu paraguas, retorciéndose de dolor; pero todos los demás, tras cinco minutos de pánico y agitación, habrán vuelto a agruparse desesperadamente en su montaña de tierra. Tú no regresarías ni yo tampoco; pero, para poder comprender semejante terquedad, heroica en ciertos aspectos, es necesario que también nosotros nos empequeñezcamos, que limitemos todo el horizonte a dos pedruscos y miremos en el microscopio las pequeñas causas por las que también laten los corazones pequeños. ¿Quieres echar un vistazo, tú, que miras la vida por el otro lado de los prismáticos? El espectáculo se te antojará extraño y quizá por eso te divierta.

Hemos sido muy amigos, ¿recuerdas? Y me has pedido que te dedique alguna página. ¿Para qué? «*À quoi bon?*», como sueles decir tú. ¿Qué puede valer lo que yo escribo para quien te conoce? Y, para quien no te conoce,

¿qué significas? El caso es que me acordé de tu capricho un día que volví a ver a aquella pobre mujer a la que solías dar limosna con la excusa de comprarle las naranjas que tenía puestas en fila en un banquillo, ante su puerta. Ya no existía el banquillo, habían cortado el níspero del corral y la casa tenía una ventana nueva. Lo único que no había cambiado era la mujer, que estaba un poco más allá tendiendo la mano a los carreteros, acurrucada sobre el montón de piedras que cierran el paso al antiguo puesto de la guardia nacional; y yo, según iba con mi cigarro en la boca, pensé que también ella, pobre como era, te había visto pasar, blanca y magnífica.

No te enfades por haberme acordado de ti de ese modo y en esa situación. Además de los gratos recuerdos que me dejaste, conservo otros cien, vagos, confusos, heterogéneos, recogidos aquí y allá, no sé dónde, quizá algunos los haya soñado despierto, y, en el batiburrillo que formaban en mi memoria mientras pasaba por aquella calleja donde sucedieron tantas cosas alegres y dolorosas, la mantilla

de aquella mujercilla temblorosa, acucillada, puso una nota triste y me hizo pensar en ti, hastiada de todo, incluso de las adulaciones que pone a tus pies el periódico de moda citándote con frecuencia en las primeras líneas de la crónica de sociedad, hastiada como para tener el capricho de ver tu nombre en las páginas de un libro.

Cuando escriba el libro, probablemente tú ya no pienses en ello; entretanto, los recuerdos que te envío, en todos los sentidos tan alejados de ti, ebria de fiestas y de flores, te producirán el efecto de una brisa deliciosa en medio de las ardientes veladas de tu eterno carnaval. El día que regreses a aquel lugar, si es que lo haces, y nos sentemos juntos de nuevo para impulsar los guijarros con el pie y fantasías con el pensamiento, hablaremos tal vez de aquellas ebriedades que la vida ofrece en otros parajes. Puedes también imaginar que mi pensamiento ha viajado hasta aquel ignorado rincón del mundo, ya sea porque en él se posó tu pie; ya sea por apartar mis ojos del brillo, de joyas o de fiebre, que te sigue

por todas partes; ya sea porque te he buscado inútilmente en todos los lugares a los que la moda confiere alegría. Así pues, ya lo ves: aquí, como en el teatro, ocupas siempre el primer puesto. ¿Te acuerdas de aquel viejecito que estaba al timón de nuestra barca? Le debes un tributo de agradecimiento porque evitó al menos diez veces que se te mojaran tus hermosas medias azules. El pobre diablo ha muerto en el hospital, en una gran sala blanca, entre sábanas blancas, comiendo pan blanco, servido por las blancas manos de las hermanas de la Caridad, que no tenían otro defecto que el de no comprender los míseros lamentos que el pobrecillo balbucía en su semibárbaro dialecto.

Pero, si hubiera podido desear alguna cosa, él habría querido morir en aquel rincón oscuro, junto al fuego, donde tantos años estuvo su cama, «bajo su tejado»; tanto es así que, cuando se lo llevaron, lloraba quejándose mansamente, como hacen los viejos.

Había vivido siempre entre aquellas cuatro piedras y frente a aquel mar hermoso y traidor

con el que tuvo que luchar todos los días para ganarse la vida y no dejarse en él la piel; sin embargo, en los momentos en que tomaba el sol tranquilamente, aovillado sobre la banca de su barca, con las rodillas entre los brazos, no habría girado la cabeza para mirarte, y habrías buscado vanamente en aquellos ojos atónitos el reflejo de tu belleza, como cuando tantas frentes altivas se inclinan a tu paso en los espléndidos salones y te miras en los envidiosos ojos de tus mejores amigas.

La vida es rica, como ves, en su incansable variedad, y puedes, por lo tanto, sin escrúpulos y a tu manera, gozar de la parte de riqueza que te ha correspondido. Aquella muchacha, por ejemplo, que asomaba la cabeza detrás del tiesto de albahaca cuando el frufrú de tu vestido revolucionaba la calleja, si veía otro rostro conocido en la ventana de enfrente, sonreía como si también ella fuera vestida de seda. ¡Quién sabe qué pobres glorias soñaba en el alféizar, tras la olorosa albahaca, con la vista fija en aquella otra casa coronada con sarmientos de vid! Y la risa de sus ojos no habría acabado